

MORUENA ESTRÍNGANA

Uno

Jugada perfecta



Un juego perfecto 3

Moruená Estríngana

Uno

Jugada perfecta (Un juego perfecto 3)

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: abril de 2021

Depósito legal: B. 4.213-2021

ISBN: 978-84-08-24130-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

BLANCA

La madrastra de Cam me ha dejado con él para ir a su casa a darse una ducha. No puedo creer que haya estado a punto de morir en un accidente por conducir rápido. Él, que se sabe al dedillo todas las normas de seguridad, el cenizo que te las recuerda si te las saltas.

Ha salido del peligro, pero, hasta que no despierte, no pueden saber la gravedad de sus heridas en la cabeza.

No puedo negar que hasta que no supe que estaba fuera de peligro no conseguí dormir tranquila. Cuando supe que estaba tan grave, sentí que me moría del dolor.

Cam siempre será parte de mí por muy enfadada que esté o por mucho que la distancia nos haya convertido en dos extraños.

Me acerco a él. No he sido capaz de irme de su lado desde que supe la noticia. Colin, su hermano mellizo, me llamó para contármela. Él estaba de viaje y ahora ha regresado para estar junto a su hermano. Me

imagino que esas horas lejos de Cam se le hicieron eternas.

Lo veo con las vendas y siento una gran impresión. Mi mente evoca su sonrisa, esa que se le escapaba antes de robarme un beso. Está tan desmejorado que se me parte el alma.

No soporto verlo así, solo deseo que se despierte y me mire con sus ojos verdes, esos de los que me conozco cada uno de sus matices por la cantidad de veces que me perdí en ellos. Seguramente me taladrará con la mirada y me dirá que me marche, pero hasta que eso ocurra, pienso seguir aquí. Sin aparentar que no me importa, que me da igual lo que le suceda.

Una parte de mí siempre será suya.

De repente, noto que Cam se mueve... Me sobresalto y lo miro. Su mirada está vidriosa, y sus ojos, rojos por el golpe en la cabeza.

Siento el peso de las lágrimas en mis ojos, no soporto verlo sufrir; yo que creía que no sentía hacia él más que indiferencia.

—Eres una aparición...

—Eso quisieras tú, que aparte de ser infiel estuviera muerta —le digo mordaz, porque ahora mismo siento tantas cosas que necesito recordar que, pese a todo, no somos amigos.

Sonríe de medio lado antes de dormirse de nuevo. Con el corazón dolorido y acelerado, voy a buscar al doctor para informarle que ha despertado; que hable es buena señal, pero sus palabras no nos aclaran si va a tener una lesión cerebral o no.

Informan a la familia de todo y regreso al lado de Cam hasta que la puerta se abre y aparece Colin.

—Cam... —Colín ni me ve. Solo puede mirar a su

hermano. Llega a su cama y lo abraza con cuidado al tiempo que llora como un niño—. Si te pasa algo, me muero...

Me marcho para dejarles intimidad. Voy a la sala de espera y veo a la novia de Colin. Me acerco a ella. Es un poco rara, pero llevan ya mucho tiempo y ellos se entienden bien.

—Hola. ¿Cómo está? —me pregunta.

—Esperan que lo peor haya pasado, aunque no me quito de la cabeza que Cam corriera tanto con el coche.

—Yo tampoco —dice Luke, que acaba de volver con Roy. Han estado yendo y viniendo desde lo sucedido.

Roy estaba muy afectado, Cam y él eran muy buenos amigos antes.

—Cam no iría a esa velocidad a menos que pasara algo grave —añade Roy, que lo conoce tan bien como yo—. Esperemos a que se despierte para saber lo sucedido. —Mira a nuestro alrededor—. ¿Y su querida prometida? ¿Sigue sin aparecer?

—Sí, tiene el móvil apagado. No han podido localizarla —respondo.

—A saber si no pasó algo con esa bruja —dice Luke, al que no le cae muy bien la que fue su ex hace años.

Bueno, ni a él, ni a nadie. No sé cómo Cam pudo en su día no confiar en mí y ahora sigue al lado de alguien con tan pocos escrúpulos como Carla, su prometida. Le ha dado mil y un motivos para no confiar en ella, pero ahí sigue.

Cuando el padre de Carla, la prometida de Cam y la prima de Emily, acabó en la cárcel por todos los delitos

que cometió, todos esperábamos que rompiera su compromiso, pero Cam no... Cam se ha mantenido fiel a su palabra y ha protegido a esa arpía, que es igual de mentirosa y mala que su padre.

Que Carla no esté aquí me hace pensar en si ella no habrá tenido la culpa de lo sucedido. Me lo espero todo de ella.

Al final me convencen para que me vaya a casa a descasar.

Al llegar, Emily y Peyton me preguntan por Cam y les cuento lo que ha sucedido cuando ha despertado.

—No debería volver... —digo agotada—, pero tampoco puedo estar lejos de él hasta que esté bien y pueda seguir odiándolo como siempre.

—Te entendemos.

Me despido de ellas y me meto en mi dormitorio. Me tiro sobre la cama y me quedo dormida al instante.

* * *

Nada más despertar, me doy una ducha, como algo y me marcho al hospital. Al llegar, Colin me informa de que se ha despertado otra vez y que lo recuerda todo salvo las últimas horas antes del accidente. No recuerda por qué iba a esa velocidad.

—Mis padres se han ido a tramitar unos papeles en la comisaría. Yo tengo que ir con mi hermano pequeño. ¿Puedes quedarte un momento hasta que regresen?

—Claro. Si sucede algo, os informo.

—Gracias.

De mis amigos, soy la única que no tiene trabajo. He acabado la carrera y me está costando encontrar algo. He echado currículums y hasta ahora no he con-

seguido nada. Nada que no sea trabajar con mi padre, el nuevo alcalde de la ciudad. Cada vez que pienso que ha vuelto para ser alcalde y no por mi me enfado con él...

Mi madre me abandonó al nacer y siempre hemos sido él, yo y sus negocios. Siempre me ha dicho «lo siento» con un regalo caro por no poder pasar más tiempo conmigo, y lo entiendo. Tiene mucho trabajo.

Cuando era niña contrataba niñeras para que me cuidaran. No siempre eran las mismas, porque no quería que me encariñara demasiado con ellas y, cada seis meses, buscaba una nueva para que no olvidara que ellas no eran mi familia, sino simples trabajadoras. Sé que tenía miedo de que otra persona ocupara su lugar y yo las quisiera más que a él, pero eso nunca pasó. No tenía tiempo para quererlas y, como cambiaban tanto, me daba tanta tristeza despedirme de ellas que acabé por ser fría con personas que en verdad no quería dejar de ver. Era mejor eso que sufrir sus despedidas.

Conozco a Cam de toda la vida. Mi padre es amigo de sus padres y su casa está aquí, aunque no viva mucho en ella. Por eso, cuando empecé la universidad, tras la ruptura con Cam, decidí independizarme y vivir sola, para que así dejara de contratar cada seis meses personas para que me cuidaran y poder vivir con gente que no se marchara.

Y también porque, tras romper con Cam, toqué fondo haciendo cosas de las que aún me arrepiento a día de hoy. Cosas de las que no he podido hablar por temor a perder a personas a las que quiero como mi familia.

Hay secretos que a veces no sabes si es mejor llevártelos a la tumba.

Vivir sola fue la mejor decisión, aunque provocó que mi padre aumentara el número de regalos, porque sentía que estaba más sola. Él nunca ha tenido tiempo para mí, pero sé que me quiere; no por los regalos, como él piensa, sino por las veces que me llama para preguntarme si estoy bien.

Aunque no me sentí bien allí, como en un hogar, hasta la llegada de Peyton y Emily, las quiero como las hermanas que nunca he tenido.

El tiempo ha pasado y conozco poco al hombre del que llevo su sangre, y ahora que ha vuelto, es peor. Siempre está liado sacando esta ciudad adelante tras el destrozo que hizo el anterior alcalde.

Entro a la habitación de Cam con pies temblorosos y me siento cerca. Lo miro fijamente y, sin quererlo, recuerdo el día que me di cuenta de que ese chico al que conocía de siempre me gustaba más de lo que debía.

Había una comida en su casa y a mi padre lo habían invitado, pero, como no podía acudir, me mandó en su lugar.

La tarde caía y algunos jóvenes aburridos de la fiesta propusieron jugar a algo. Colin sacó unas barajas de cartas del juego del Uno y, a los que no sabíamos cómo jugar, nos explicó las reglas.

Jugamos todos menos Cam, que estaba sentado cerca viéndolo todo sin participar. Algo que hacía siempre.

A mí me costaba entender el juego, porque en verdad me aburría mucho allí. Mi padre me había regalado una moto nueva y prefería estrenarla que hacer de buena hija en la fiesta de sus amigos. Aunque los conocía, todavía no éramos íntimos.

Tal vez por eso me costó pillar las normas y se enfadaron conmigo por no estar atenta y hacer mal algunas manos. Las primeras las pasé, pero en la última sentí que me estaban tomando el pelo porque habían visto que no entendía el juego, así que saqué mi carácter y, para mi sorpresa, Cam me defendió.

—Este juego es una mierda —dijo Colín tirando las cartas—. Vamos a ver si podemos pillar algo de beber en la cocina.

Todos sus amigos siguieron a Colín.

Roy se giró y me miró con una disculpa en los ojos. Era el que mejor me caía de todos.

—Los he espantado a todos. En verdad, este juego es un rollo.

—Lo he estado observando y parece divertido —dijo Cam.

Su forma de decirlo me hizo mirarlo. Era como si quisiera jugar pero no pudiera.

—¿Quieres jugar?

—No, no es más que un juego.

—Vamos, hombre, que solo es para pasar el rato. Lo mismo hasta te gano.

—Lo dudo, viendo lo mal que has jugado. ¿Dónde tenías la cabeza?

—En mi moto nueva. Estoy deseando irme y correr con ella...

—Es peligroso. ¿Tienes el carnet?

—Claro que lo tengo.

—No deberías saltarte ninguna norma de circulación. Las ponen para salvar vidas.

—Lo sé, Cam. No estoy tan loca como crees.

Cam me sonrió y nos sentamos a jugar en la mesa donde antes estaban sus amigos.

—Siento que tu padre una vez más no haya podido venir.

—¿Te fijas en todo?

—Sí, no puedo evitarlo —se disculpó mientras repartía las cartas.

—Pues a veces deberías involucrarte más en la vida, en vez de mirarla desde lejos.

—¿Acaso no lo hago ahora jugando a este juego tonto?

—No es tonto, y va a ser genial cuando te gane... ¿Me puedes repetir qué significa cada carta? Es un lío enorme por los giros que da.

—Es como la vida misma: giros y giros hasta que se crea una jugada perfecta para ti.

Me gustó lo que dijo. No lo esperaba de él y encima estaba pasando de ser un chico sexi, guapo y que me llamaba mucho la atención, a algo más. Las mariposas que siempre sentía cuando sus ojos verdes me miraban se estaban haciendo más y más grandes en mi estómago.

La primera mano la ganó él, pero la segunda la gané yo y di cientos de saltos por la terraza.

Miré mi reloj, y comprobé que era tarde. La noche iba a caer pronto. No quería irme, pero también deseaba probar la moto.

—Me marchó a dar una vuelta en moto. ¿Te vienes para vigilar que no me salto ninguna norma de seguridad?

Pensaba de verdad que me diría que no. Por eso, cuando asintió y se levantó, me pilló por sorpresa.

—Lo hago por el resto de los conductores, para que no te tires encima de ellos —bromeó, y que lo hiciera me hizo conocer una parte de él que pocos veían.

Fuimos juntos hasta mi casa y montamos en mi moto. Desde esa tarde no nos separamos. Ese verano nos cambió a los dos y, antes de que acabara, empezamos una historia que de verdad deseaba que nunca terminara.

Pero lo hizo y de la peor manera posible: él creyó a todos menos a mí.

Yo nunca le hubiera sido infiel, porque no tenía ojos para mirar a nadie estando a su lado. Era mi todo.

Regreso al presente y me doy cuenta de que me está observando. Su mirada verde sigue vidriosa por el golpe y verlo conectado a tantas máquinas me sigue cortando la respiración. Aun así sigue estando increíblemente guapo.

—Tu familia vuelve ahora —le informo.

—Gracias... ¿Qué haces aquí?

—No podía estar en otro lugar —digo no muy feliz. Asiente y cierra los ojos de nuevo.

Lo miro mientras duerme sabiendo que no debería estar aquí. No somos amigos, solo somos parte de un pasado que ya no volverá. No lo quiero. No me gusta. No siento nada por él..., pero eso no cambia que necesito ver que está bien antes de seguir viviendo caminos separados. Antes de que todo sea como siempre y pierda a esa persona que, sin pensarlo, se convirtió hace años en mi mejor amigo.

Veo como tiene pesadillas y, reticente, me levanto para acariciar su frente por si tiene fiebre. Mientras lo hago, la recuerdo apoyada sobre la mía mientras me hacía sentir tan querida.

No tiene fiebre y debería apartar la mano. Sin embargo, lo acaricio levemente permitiéndome el lujo de admitir que hace tiempo que me moría por tocarlo.